

la izquierda se desplegaron considerables grupos de caballería. Los dos ejércitos quedaban separados por un valle de suaves pendientes. Márquez formó su columna en batalla con la artillería en el centro y disparó sobre el grueso de la caballería enemiga. Los gendarmes descenden la pendiente y ascienden la del otro lado del valle, para atacar al enemigo; pero lo encuentran formado en columnas de mucha profundidad, en las que las diez y ocho piezas de la artillería imperial abren grandes claros; los republicanos se precipitan á la llanura y se apoyan en la hacienda de San Lorenzo, los ataca toda la fuerza imperial, los desaloja y pasa allí la noche, disponiendo el general Márquez la formación de una trinchera circular de tierra defendida por la artillería.

Cansada la fuerza imperialista con los tres días de combate, ya se creía desembarazada de un enemigo tan tenaz; pero al día siguiente lo vió aparecer en mayor número. Aun estaban á veintidos leguas de México los que se retiraban.

La batalla comenzó ahora por los tiradores republicanos, que en considerable número se aproximaron poco á poco, rodeando la fuerza imperialista. Al medio día avisó á Márquez el comandante Chenet, que el enemigo volteaba por la derecha para apoderarse de una importante posición; el general en jefe contestó que vá á dar sus órdenes; una hora después se le hace saber que el enemigo se acerca al punto que era su objetivo y la misma respuesta obtiene el oficial que conduce la noticia. A las tres los republicanos ocupan la posición que deseaban y ametrallan á la contraguerrilla francesa, cuyos artilleros perécen todos excepto el comandante y un oficial.

Se sostuvieron los imperialistas hasta la llegada de la noche; pero Márquez comprende que la posición es insostenible. A las dos de la madrugada emprende la retirada, después de destruir la pólvora en el jagüey de la hacienda; deja los heridos y para desorientar á sus enemigos comienza la marcha en un sentido opuesto al que se iba á seguir; después se lanza por senderos de travesía, apesar de la murmuración de los europeos que se indignaban de que huyese un ejército que había batido al enemigo cuatro veces en tres días. El general Márquez está bien informado; el número de sus enemigos aumenta á cada instante y nota que las defecciones crecen de manera alarmante, habiendo tirado sus armas el 15.º batallón, conducta que vendría á ser contagiosa y no quedaba más que buscar la salvación en la presteza de la retirada.

La situación de las fuerzas de Márquez desde San Lorenzo se había hecho por momentos insostenible; cercadas por los republicanos é impotentes para repeler la agresión, ya por falta de fuerza numérica, ya por las buenas posiciones que estos ocupaban; además, la falta de víveres obligaría á los imperiales á su cumbir diezmados por los proyectiles que recibían de todo su alrededor. En consecuencia, no quedó otro recurso que la retirada y para desorientar á sus perseguidores se tomó en apariencia una ruta para seguir la otra que conduce de Texcoco á México; con este designio envió Márquez al coronel Wickemburg



*Lic. D. Jesús M. Vázquez.*

Fue uno de los defensores de Maximiliano. Se opuso á que se le juzgara por la ley de 25 de Enero de 1867, calificada de anticonstitucional, y protestó contra los procedimientos de la Corte Marcial que consideró á Maximiliano reo militar aprehendido con las armas en la mano y á la cabeza de un ejército. Insistió el defensor Vázquez en declinar la jurisdicción del Consejo de Guerra; deseaba llevar el proceso á otro tribunal y dar tiempo á que algún incidente contribuyera á la salvación del Archiduque. Sus argumentos contra la jurisdicción del tribunal militar, se basaron en disposiciones y doctrinas concernientes al fuero común, consideradas por los jueces militares inaplicables al caso de que se trataba; en consecuencia, los esfuerzos del defensor resultaron inútiles.

con una compañía de húsares que habrían de ejecutar un reconocimiento del camino que se podría de seguir, yendo el resto del regimiento á corta distancia de dicha compañía. Encontraron la vía obstruida por la falta del puente sobre una barranca, del cual solamente quedaban tres vigas que probablemente no se tuvo tiempo de quitar. A pesar de esta dificultad avanzó el coronel Wickemburg con su compañía, no pudiendo seguir adelante por haber sido recibido en la orilla opuesta con nutrido fuego que les obligó á descender al fondo de la barranca, en la mayor confusión, logrando ascender una parte de la compañía con el Coronel y el capitán Kelmer, la pendiente opuesta y abriéndose paso entre el enemigo tomaron el camino de Texcoco.

Al ver lo ocurrido con esa compañía de vanguardia, retrocedió el teniente coronel Kevenhüller á la hacienda de San Lorenzo, dió parte á Márquez respecto á lo que acababa de acontecer, sin conseguir que este general cambiara en manera alguna su resolución de retirarse y tomar el camino Calpulalpam á las cuatro de la mañana del día 10, habiendo dispuesto, para engañar al enemigo, que los carros que conducían las municiones siguieran el camino de Otumba, en tanto que él se dirigía con sus tropas hacia Calpulalpam, á donde llegó la División cerca de las seis de esa mañana, sin que pareciera que los republicanos habían descubierto el movimiento que se ejecutaba.

Cerca de Calpulalpam corta el camino la estrecha y profunda barranca que se salvaba por un puente que estaba casi destruido, al grado de no poder trasladar la artillería de campaña sin hacer previamente las reparaciones indispensables, labor que requería tiempo de que no se podía disponer. Además, el terreno que se debía seguir una vez franqueada la barranca, no era propio para conducir la artillería que al fin habría que abandonar poco después; en tal virtud dispuso Márquez que fuese arrojada á la profundidad toda la artillería.

Estaban en esta operación, cuando se presentaron los republicanos á retaguardia de la División imperial, que tan solo en parte había pasado la barranca. La confusión y el desorden fueron terribles, aumentados con la explosión de algunos proyectiles huecos de los que se arrojaban á la profundidad, explosión que comunicada á las municiones de los cofres, espantó los caballos que al retroceder atropellaban á la infantería. Esta confusión hizo más peligrosa y comprometida la posición de las tropas imperiales, sobre las que se lanzaron los republicanos por distintas direcciones; crecían las dificultades para resistirlos y ponerse en actitud de defensa, fueron sacrificados los batallones de Ixmiquilpan y Tlalpam que habían quedado á retaguardia y cortados por la caballería; por fin la División imperialista logró verse al otro lado de la barranca y continuó su marcha hasta un pueblecillo cercano á Texcoco, combatiendo á cada paso con las fuerzas enemigas. Desde allí vió el general Márquez las fuerzas de caballería que sacara del campamento frente á Querétaro el general Guadarrama, situadas cerca del pueblo de Tepetlaxtoc y que iban á unirse con las tropas del general Díaz.

Los republicanos no permanecieron largo tiempo en el engaño que preten-

dió hacerles Márquez; avisados del camino que este seguía estaban desde las cinco de la mañana nuevamente sobre los imperiales y batían la retaguardia de ellos cubierta por los gendarmes franco-mexicanos; al llegar á la ancha barranca que lleva el nombre de San Cristobal, encontraron cortado el puente. Aunque se aseguró á los imperiales que la reposición tardaría solamente un cuarto de hora, se opuso á ella Márquez y son destruidos los cañones las municiones y pasan los hombres sobre unas vigas.

Preséntanse en esos momentos los republicanos en columna cerrada; y encuentran defendida la retaguardia de los que se retiraban por los voluntarios de México en reemplazo de la gendarmería imperial; los republicanos ponen fuera de combate á quinientos de los primeros, toman tres piezas rayadas de á doce, antes de que se pudiera también destruidas, según se hizo con las demás. Los imperiales no cortan la comunicación para no perder tiempo; continúan su rápida retirada yendo á retaguardia el batallón austriaco Hammerstein; que contaba con excelentes tiradores; pero los republicanos aumentan por instantes y ese batallón pierde la mitad de su efectivo, esto es trescientos cincuenta hombres.

Mientras la retaguardia pelea de esta manera, el general Márquez que iba adelante, ve que por su derecha avanza una formidable columna de caballería, á la que pretende hacerle frente la contraguerrilla francesa y le ordena al gefe que no se detenga, sino que continúe la marcha quedando la artillería abandonada pues todos los que la servían habían sido matados. En esos momentos se sabe en la vanguardia que Márquez escoltado por doscientos de caballería, se ha salvado dejando á los que combatían y que tomó el camino de México, seguido por el general segundo en gefe, los oficiales del Estado Mayor, el 5.º regimiento de caballería y algunos pelotones de otros cuerpos. Tan inesperada conducta de Márquez comprometió aun más la crítica situación de las tropas imperiales, abandonadas por su primer gefe en los momentos de mayor desconcierto y cuando seguramente iban á ser atacadas de nuevo por fuerzas de refresco; pero el coronel D. Luis Arrieta, encargado del Estado mayor, se esforzó unido á los gefes austriacos, en la pronta reorganización de las fatigadas falanges imperiales y en tener á raya á las caballerías de Guadarrama. Previene Arrieta al coronel Kodolich, que se ponga de nuevo á la cabeza de su brigada, y ordena al teniente coronel Treviño, que con el 2.º regimiento de la frontera siguiese cubriendo la retaguardia de la columna que continuó su retirada para Texcoco.

Cuando fué notada la ausencia del general Márquez, tomó el mando el coronel Kodolich y continuó la lucha en condiciones fatales para los imperialistas; estaban cortados, por la vanguardia los atacaban dos mil ginetes y por los flancos diez y seis mil combatientes; la retaguardia se batía desde las cinco de la mañana; á las nueve se encuentra amenazada por ocho escuadrones que se adelantaban contra el flanco derecho y avanzan sobre los húsares. Detrás de estos coloca dos cañones el comandante Chenet y al avanzar los republicanos se abre

la columna de los imperiales y rompe el fuego la batería; se oye un hurra entre los húsares que se precipitan sobre los republicanos haciéndolos retroceder pero aquellas piezas de artillería quedan sin sosten, y los republicanos que aparecen por todas partes toman una de ellas y la utilizan para batir á los húsares.

Se pasa el día en combates semejantes, avanzando siempre los imperiales rumbo á México, y van dejando en cada valle, en cada hondonada y en cada altura, algunos de sus hombres. A las siete de la noche se nota un cambio de estrategia en las fuerzas republicanas, no se lanzan ya en grandes masas, se concentran en los desfiladeros y en los sitios donde la travesía es peligrosa, y van cercando constantemente á los imperiales que sienten agotarse sus fuerzas, después de tres días de no haber tomado sino escasísimos alimentos.

Legua y media más allá de Texcoco, hizo alto por corto tiempo la columna imperialista medio ordenada, y siguió sin dificultad su marcha hasta el pueblo de Culhuacán al que llegaron próximamente á las nueve de la noche. La columna se detuvo tres horas después, en el pueblo de la Magdalena, con objeto de que las fatigadas tropas se proporcionaran algún alimento; pero no encontrando ningunos víveres, emprendieron su marcha de nuevo, dejando un obús de montaña que, caído en una zanja, no se pudo perder el tiempo en sacarlo.

Precisamente en los angustiosos momentos para las tropas que se defendían en retirada, llegaba á México el general Márquez acompañado del general Andrade y de algunos europeos. Al siguiente día 11, cuando ya se había esparcido la noticia de que habían sido derrotadas las tropas que sacó de México el Lugarteniente, se presentaban en esa ciudad, á las siete de la mañana, los restos de la reducida columna cansados, empolvados, con muchos heridos y con la ropa hecha pedazos. Habían combatido cinco días salvando veinte leguas en veintisiete horas, sin gefe las últimas catorce, constantemente rodeados por fuerzas cinco veces superiores. Las mayores congojas para los que se retiraban, acaecieron en la noche del 10 al 11, pues tuvieron que combatir con las emboscadas, salvar las trincheras y los obstáculos que sus enemigos habían colocado en los caminos que conducen á la capital, estando impracticable la parte de terreno entre los lagos de San Cristobal y Texcoco, dificultad de que fueron informados al llegar por la noche á esta última población; necesitaron entonces proseguir su marcha, á veces dentro del lago para tomar el camino de México á Veracruz, vía que hallaron inundada también en varios tramos, en la que estaba apostado un cuerpo de republicanos; los imperialistas se encontraron obligados á dar un rodeo para llegar á los Reyes, y continuaron hasta Ayotla al noreste del lago de Chalco.

Se encontraron nuevamente con los republicanos entre Ayotla y México; entonces retroceden los imperialistas, pasan por las posiciones que los republicanos acababan de abandonar, atraviesan el camino inundado y al fin pueden llegar á México, con pérdida de la tercera parte de su efectivo; pero la contraguerrilla aun conducía sus tres piezas de montaña.